¡EL AUTOR! ¡EL AUTOR!

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elautorelautorju00garc

¡EL AUTOR! ¡EL AUTOR!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADO Á NUESTRA ESCENA,

POR

DON JOSÉ MARIA GARCIA.

Representada por primera vez en el teatro del Circo el dia 10 de Marzo de 1863.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 4.
1863.

713363

PERSONAJES.	ACTORES.
D. BENIGNO, perfumista, 60 años.	Sr. Arjona (D. E.).
ENRIQUETA, su hija, 20 años.....	Sra. Losada.
LUIS, tenedor de libros, 30 años...	Sr. Calvo.
MARCELINO, criado.....	Sr. Castellar.
CIRILO, peluquero.....	Sr. Martinez.
MARCELINA.....	Sta. Ossorio.

La escena en Madrid, en nuestros dias, y en casa de Don Benigno.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, *son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

El editor se reserva el derecho de traduccion.

Quedahecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

La trastienda de un perfumista. Muebles sencillos. Mesa, sillas, espejo pequeño para colgarlo en la pared, etc.

ESCENA PRIMERA.

MARCELINO con delantal grande. Despues ENRIQUETA.

MARC. (Cerca de una mesa que habrá á la izquierda.) Pongamos aqui el espejo.

ENR. (Entrando con dos ó tres paquetitos.) ¿Qué hace usted ahí, Marcelino?

MARC. Estoy preparando al amo los avios de afeitar, señorita.

ENR. Lleve usted ahora mismo estos encargos á casa de la señorita Cornelia.

MARC. (Examinando los paquetes.) ¡Esta si que es una buena parroquiana! Todos los dias la estoy llevando blanquete, polvos de arroz, carmin...

ENR. No se vuelva usted sin cobrar.

MARC. ¿No, eh? Pues espéreme usted sentada, porque esa señora...

ENR. Si no le pagan, tráigase usted el género.

ESCENA II.

DICHOS, D. LUIS.

LUIS. (Entrando por la izquierda con un cuaderno de apuntes en la mano. Marcelino, sentado en el fondo, arregla y envuelve los paquetes.) Cinco y seis once... y siete diez y ocho... y ocho veintiseis...

ENR. (Á Luis.) ¿Qué ocurre?

LUIS. Perdone usted, señorita; aqui aparece una equivocacion de diez céntimos que me trae preocupado toda la mañana. Venia en busca de don Benigno.

MARC. ¿En busca del amo? (Bajando á la izquierda.) ¡Anda, anda! ¡Pues si hace mas de dos horas que salió!

ENR. ¿Mi padre? ¡apostaria á que está en el teatro!

MARC. ¡Y no perderia usted! Ha ido al ensayo general de *Los combates de la vida.*

LUIS. Un drama que se estrena esta noche.

MARC. Justo. Un drama magnífico, segun dicen. (Vuelve á subir para bajar á la derecha.)

ENR. ¡Al ensayo! ¡Jesus! ¡todo el dia está en el teatro! perder asi el tiempo á su edad!

MARC. ¡Tiene pasion por el teatro!

ENR. ¡No se parece á mí!

MARC. No le gusta tratarse mas que con actores, actrices, poetas...

ENR. ¡Buena gente! ¿Qué seria hoy de la casa sin mí?

MARC. Y sin don Luis.

ENR. Tambien ha cambiado mucho.

LUIS. ¿Yo, señorita?

DNR. Si... no sé en qué piensa usted desde háce algun tiempo: ¿es tambien en el teatro?

LUIS. ¡Yo! (¡Si supiera!...)

ENR. En fin, ¿por qué anda usted tan distraido?

MARC. Es muy natural. El que está enamorado...

LUIS. ¿Enamorado? ¿Quién le ha dicho á usted?...

MARC. Nadie: pero no se necesita tener mucho de Salomon para conocerlo.

ENR. Ya le he dicho á usted que se vaya.

MARC. ¡Toma! usted me preguntó... y yo...

ENR. ¡Váyase usted! (Váse Marcelino.)

ESCENA III.

D. LUIS, ENRIQUETA.

ENR. Ese muchacho es insoportable. (Vá á sentarse.)

LUIS. (Guardando en el bolsillo el cuaderno, y yendo á ponerse al lado de Enriqueta.) Tiene usted razon, pero ha dicho la verdad. El amor es el orígen de mis tormentos. Demasiado lo sabe usted, Enriqueta: hace mucho tiempo que la amo... y esta posicion es insostenible, hay que tomar un partido.

ENR. No digo lo contrario; pero mi padre abandona su casa de comercio y necesita un yerno que le reemplace.

LUIS. ¿Es decir que puedo hablar á don Benigno?

ENR. Hace mas de un mes que lo debia usted haber hecho. (Levantándose.)

LUIS. Como usted no me habia autorizado...

ENR. ¡Ah, ya! Esperaba usted que le dijese: «Don Luis, haga usted el favor de pedir mi mano á mi padre... y se lo agradeceré en el alma.»

LUIS. ¡Oh! no se burle usted de mí... Hoy mismo haré la peticion.

ENR. No há mucho que buscaba usted una equivocacion de diez céntimos... voy á dejarle para que siga buscándola.

LUIS. Un instante, Enriqueta. ¿Estamos convenidos? ¿Puedo?...

ENR. Si, hombre, si: hable usted á mi padre. (Váse por la izquierda.)

ESCENA IV.

D. LUIS, solo.

Pues señor, convengamos en que mi situacion es muy difícil... ¡Amo á Enriqueta, la adoro! Pero cuando sepa que soy el autor del drama que se estrena esta noche.. ¡Oh! no, nunca me atreveré á confesárselo... ¡Está visto! (Con agitacion.) esa obra no me causará mas que disgustos... ¡Ni siquiera he ido á un ensayo!

ENR. ¡Es usted un imbécil! (Dentro-)

LUIS. ¡Dios mio! Enriqueta otra vez!

ESCENA V.

D. LUIS, ENRIQUETA, MARCELINO.

MARC. (Entrando por el fondo.) Pero, señorita, usted me trata como á un esclavo...

ENR. Lo que yo debia hacer era despedirle. Le encargo á usted que no se vuelva sin cobrar la cuenta de esa... bolera, y se viene sin recibir nada.

MARC. En cuanto á eso de no recibir... poco á poco, he recibido...

ENR. ¿Qué?

MARC. Diré á usted. Cuando llegué á casa de la señorita Cornelia estaba leyendo el Diario. Marcelinito, me dijo,—porque siempre me llama asi:—¿Sabes que tu amo es un farsante?

ENR. ¡Farsante! Esa gente tiene un lenguaje...

MARC. Despues añadió: «Mira lo que don Benigno ha hecho publicar en el Diario.»

ENR. ¡Mi padre!

LUIS. ¡Es extraño!

MARC. Tomo el Diario, que me he traido, y leo lo siguiente: «Don Benigno Fuguilla, perfumista, calle de la Beren»gena, número ocho, ruega al autor anónimo de *Los* »*combates de la vida* que le honre con una visita.»

LUIS. ¡Ah!

MARC. Vea usted, aqui está. (Sacando del bolsillo un número del Diario.)

LUIS. (Tomando el Diario y leyendo.) «Desea comunicarle un asunto de la mayor importancia, y del cual pende tal vez su fortuna.»

ENR. ¡No lo dije! Ya anda mi padre tras del desconocido solo porque es autor!

LUIS. (¡Es singular!)

ENR. ¡Pero nada de eso tiene que ver con que no le hayan pagado la cuenta!

MARC. ¡Vaya si tiene! Iba á pedir el dinero, cuando entró en la casa un hombre alto y moreno, armado de un roten... Á poco entra un jóven rubio como unas candelas, y con su correspondiente baston. Los dos se enredan á

garrotazos; voy á pasar, y recibo...

LUIS. ¿Un palo?

MARC. ¡No; dos, señor, dos!

ENR. ¿Y no pidió usted la cuenta?

MARC. Lo confieso, señorita; me faltó tiempo para echar á correr.

ENR. ¡Cobarde! luego volverá usted.

ESCENA VI.

DICHOS, D. BENIGNO.

BEN. (Entrando por el fondo.) ¡Pronto! una silla! ¡No puedo sostenerme! (Sentándose en la silla que le dá Marcelino.)

ENR. ¡Dios mio! ¿Qué tiene usted, papá?

BEN. ¡La emocion!...

ENR. ¿Le ha atropellado á usted algun coche?

BEN. No. Vengo del ensayo de «*Los combates de la vida.*» ¡Ah! ¡hijos mios! ¡Qué drama!... ¡Es una cosa inmensa! ¡colosal!...

LUIS. ¡De veras! ¿Tan bueno es?

BEN. ¡Sublime, amigo mio, sublime! (Levantándose.) ¡Oh! el hombre que lo ha escrito debe ser un hombre grande! de mucha talla!

LUIS. ¿Sabe usted que si el autor le oyera deberia estar orgulloso?

BEN. No, amigo mio; ese fenix dirigió un manuscrito al portero del teatro, con estas dos palabras al director de escena:—«Muy señor mio, abandono en manos de usted esa obra; sea cualquiera la suerte que la esté reservada, no daré mi nombre.—Y firmaba:—«*Tres estrellas.*»—¡Tal vez es un príncipe!

ENR. Pero papá, ¿á usted qué le importa?

BEN. ¡Mucho! tengo mi idea.

ENR. Usted se entusiasma por tonterias.

BEN. ¿Qué entiendes tú de eso? Ayer mismo he hecho un atajo, un corte excelente.

LUIS. ¡Cómo! ¿usted se ha permitido?... (Inquieto.)

BEN. Si; en el segundo acto, cuando el general dice á su hija esta notable frase: «¡No me ocultes nada, porque lo sé todo!»—Propuse cortar el... «porqué» y quedó asi: «¡No me ocultes nada; lo sé todo!»

LUIS. (¡Vamos, no ha sido mucho!)

BEN. Todo el mundo fué de mi opinion.

ENR. ¡Bendito sea Dios, papá, qué niño es usted!

BEN. Porque tú no comprendes toda la importancia... Vé á vestirte... (Yendo hácia la mesa.) Yo voy á afeitarme.

MARC. Todo está listo, señor.

BEN. Bien. (Se quita la levita.)

ENR. ¿Diga usted, papá, (Á quien D. Luis le ha dado el Diario.) quiere usted explicarme el logogrifo con que ha ilustrado hoy las columnas de *El Diario*?

BEN. ¡Ah! ¿Conque has leido?...

ENR. Si señor. ¿Pretende usted traer á casa un hombre á quien no conoce siquiera?

BEN. ¿Á tí qué te importa?

ENR. Ya sabe usted las pocas simpatias que tengo á esa clase de gente. No los puedo ver.

LUIS. Es usted demasiado severa, señorita. Me parece que un escritor que instruye á los hombres... que ataca los vicios... que corrige las costumbres...

ENR. ¡Si, si, bonitas costumbres!...

BEN. ¡Tú tienes prevenciones ridículas!...

ENR. Bien, bien; pero vamos á ver, ¿qué idea es la de usted al poner ese anuncio?

BEN. Ese es mi secreto. Déjame que me afeite.

ENR. Bien, no se lo pregunto... Tambien don Luis tiene otro...

BEN. ¿Tú tienes un secreto, Luis? Has inventado acaso un nuevo cold-cream? (Poniéndose la levita.)

LUIS. No señor... Se trata... y la señorita Enriqueta me ha autorizado...

BEN. ¿Para qué?

LUIS. Para pedir á usted su mano.

BEN. ¡Su mano! ¿Tú mi yerno?

ENR. Si, papá; lo hemos arreglado entre los dos.

BEN. ¿Conque amas á Luis?

ENR. ¿Acaso no lo merece?

BEN. ¡Pchs!... tiene cualidades... le estimo como á un buen dependiente.

ENR. ¿Consiente usted?

BEN. No. (Movimiento de Luis.)

ENR. Luego, entonces...

BEN. Allá veremos...

MARC. Señor, ahí fuera está un jóven que quiere hablar á usted.

BEN. (¿Si será?...) Que entre. (Marcelino sube.)

MARC. Entre usted. (Despues de la entrada de Cirilo, pasa á la derecha.)

ESCENA VII.

DICHOS, CIRILO.

CIRILO. Señores y señoras... (Haciendo saludos ridículos, se pasa la mano por los cabellos y procura darse tono.)

BEN. Á quién tengo el honor... (Yendo á él.)

CIRILO. No sé si debo... delante de tanta gente... y temo...

BEN. Estamos en familia, jóven.

CIRILO. ¡Ah... ¡ya! Entonces la voy á soltar, como se dice vulgarmente.

ENR. (¡Á soltar!... ¡qué lenguaje!)

CIRILO. Caballero, esta mañana estaba leyendo el *Diario de Avisos*... y ya me disponia á hacer de él papillotes, cuando mi vista se fijó por casualidad en un anuncio que decia que don Benigno Fuguilla, perfumista, deseaba tener una entrevista con el autor de «*Los combates de la vida.*»

BEN. ¡Efectivamente! Deseo con toda mi alma conocer á ese hombre extraordinario.

CIRILO. Soy yo, ¡caballero!

BEN. ¡Usted!

ENR.
LUIS. } ¡Él!
MARC.

(En un movimiento de estupefaccion, Marcelino dá un paso hácia adelante, tropieza con una silla y la tira al suelo.)

BEN. ¡Váyanse ustedes! ¡Necesito quedarme solo con este caballero!

LUIS. (Si, si, me voy; porque si no estallaria como una bomba.)

MARC. (¡Vaya una facha!)

CIRILP. (En fin, ¡ya estoy en la brecha! ¡Con tal que no huelan mi pomada!) (Enriqueta entra en un cuarto de la derecha. Don Luis se vá por la izquierda y Marcelino por el fondo.)

ESCENA VIII.

D. BENIGNO, CIRILO.

BEN. ¡Con que no es un sueño! Tengo ante mi vista al señor «¡*Tres estrellas!*» (Que no ha dejado de mirar á Cirilo.)

CIRILO. (¿Cómo me llama?)

BEN. Es usted mucho mas pequeño de lo que creí.

CIRILO. ¿Qué quiere usted?... á veces... ya usted sabe... Ademas... yo tengo un carácter tan modesto... tan encogido... que no me permite...

BEN. ¿Pues y la figura?... yo me imaginaba que la figura...

CIRILO. Le diré á usted... hoy no he tenido tiempo de rizarme...

BEN. Parece imposible que el genio se guarezca algunas veces en cabezas tan comunes! ¡Verdad es que como los cuartos estan tan caros!

CIRILO. ¡Ya lo creo! ¡los cuartos y las tiendas!

BEN. ¿Las tiendas? Iba á afeitarme para asistir al estreno de su drama, interesante jóven!

CIRILO. ¿Se afeita usted solo?

BEN. Casi siempre. Si usted me permite... (Yendo á tomar el jabon.)

CIRILO. Si, señor, puede usted continuar.

BEN. Y como esto no impide que hablemos...

CIRILO. Justo. Usted hablaba de un asunto importante. Espero con impaciencia.

BEN. Jóven, ¿es usted mozo aun? (Haciendo espuma con la brocha, y yendo á él.)

CIRILO. No, señor; lo he sido. Pero ahora...

BEN. ¿Es usted casado?

CIRILO. ¿Casado? ¡Dios me libre! Soy celibato.

BEN. Pues bien, eso es lo que le pregunto. (Se levanta y vá á tomar la navaja, despues de haberse quitado la levita. Se coloca ante el espejo de la izquierda, y empieza á afeitarse.) ¡Por vida de la navaja! ¡Parece una sierra! Voy á tener que ir á que me afeiten.

CIRILO. Deje usted, yo le afeitaré. (Sacando de su bolsillo un par de navajas.) Tengo unas navajas excelentes.

BEN. ¡Navajas! (Este hombre es un estuche, de todo entiende.)

CIRILO. Las acabo de comprar ahora mismo. (Le hace sentar en medio de la escena, y vá á buscar el cuero para afilarlas.)

BEN. ¡Cómo! ¿vá usted á afeitarme?

CIRILO. ¿Y por qué no? (Dándole jabon.)

BEN. ¡Usted! ¡un literato tan distinguido!

CIRILO. ¡No le hace! (Cogiéndole por la nariz.) ¿Conque decia usted que tenia que hablarme?... ya le escucho.

BEN. Jóven... ¿Tendrá usted repugnancia al casamiento?

CIRILO. (Afeitándole el lado derecho.) Ninguna, amigo mio, ninguna. Y si yo encontrase, como suele decirse, mi media naranja...

BEN. ¡Basta! ¡No vacilo en ofrecer á usted mi hija!

CIRILO. ¡Su hija! (Deteniéndose de pronto.)

BEN. (Levantándose y dando un grito.) ¡Ay! ¡me ha cortado usted! (Aplica una punta de la tohalla al sitio donde se ha cortado.)

CIRILO. Usted perdone, como me ofrece asi... á quemaropa... (Guarda las navajas en su bolsillo, y saca un batidor.)

BEN. Conque vamos á ver, ¿qué le parece á usted mi proposicion? (Quitándose la tohalla.)

CIRILO. Caballero, usted no me conoce. (Peinándole.)

BEN. ¡Le conozco á usted á fondo! He visto *Los combates de la vida*. ¿Ha visto usted á mi hija?

CIRILO. Si, señor, no me disgusta... ¡es bastante guapa!

BEN. ¡Añada usted á eso... veinte mil duros que la doy!

CIRILO. ¡Veinte mil! ¡Canario!

BEN. Sea usted mi yerno, y hágala feliz. (Se pone la levita.)

CIRILO. ¡Ya lo creo! ¡Con veinte mil duros!

BEN. Deme usted esos cinco, Tres estrellas!

CIRILO. ¡Don Benigno, usted es todo un hombre! ¡Si, mi querido suegro!

BEN. Espérame aqui. Voy á buscar á mi hija. (Váse por la izquierda.)

ESCENA IX.

CIRILO, solo.

¡Su hija, su hija!... ¡Vaya una historia! Lo que es yo prefiero los veinte mil duros á la muchacha. ¡Digo... si supiera Marcelina alguna cosa!... Ella que es la modista mas celosa del gremio. Yo no puedo casarme con dos

á la vez. ¿Qué hago? ¿Qué?... Abandonar las blondas y los encajes y lanzarme á las pomadas y á los veinte mil duros.

ESCENA X.

DICHO, BENIGNO, ENRIQUETA.

BEN. Ven, mujer, ven.

ENR. ¿Y para qué? ¿Qué tengo yo que ver con el señor?

BEN. Mucho. Examínale bien.

ENR. Ya está. ¿Y bien? (Examinándole.)

BEN. ¿Qué te parece?

ENR. Papá, dispénseme usted; pero tengo bastante buena educacion para no decir delante del señor lo que me parece.

CIRILO. (¡Fuego en la niña!)

BEN. Confieso que el exterior... Ya verás como concluyes por adorarle.

ENR. ¡Adorarle!

CIRILO. No soy tan ambicioso.

ENR. ¡Adorar yo al señor! ¿Y para qué?

BEN. ¿No lo adivinas?

ENR. No.

BEN. Pues bien, no quiero andarme con rodeos. (Cogiendo la mano de Cirilo y haciéndole pasar al lado de Enriqueta.) Aquí tienes á tu futuro esposo.

ENR. ¿Mi esposo ese hombre? Vaya, papá, como supongo que será una broma, prefiero tomarlo á risa. (Riéndose.)

BEN. Piensa en lo que dices. Tal vez llegues á ser académica.

ENR. Maldita la falta que me hace.

CIRILO. Permítame usted al menos...

ENR. No se moleste usted, caballero; amo á otro: la sola cualidad de autor dramático seria suficiente para negarle siempre mi mano.

CIRILO. Señorita, hay autores de autores.

BEN. No te apures... *Tres estrellas*: ella lo pensará mejor y tú serás mi yerno. Vamos á tratar del contrato. (Vánse por la puerta derecha.)

ESCENA XI.

ENRIQUETA, LUIS.

LUIS. ¿Podemos hablar?

ENR. Entre usted.

LUIS. ¿Qué hay? Ese intruso no me dá bnena espina.

ENR. Y no se equivoca usted. Mi padre me quiere regalar ese marido.

LUIS. ¿Ese hombre marido de usted?

LUIS. ¿Pero cómo se ha prendado tan pronto de ese hombre?

ENR. No se ha prendado de él, sino de su talento, ó por lo menos del talento que le supone. Pero confio en el éxito de su comedia, y si la obra fracasa, como es probable...

LUIS. ¿Que ha de fracasar? No, señora.

ENR. Pues es preciso que la silben esta noche, y eso depende de usted.

LUIS. ¡Que la silben?

ENR. Sin compasion. Organice usted una clac... Vaya usted al teatro... todavia hay tiempo.

LUIS. ¿Que yo vaya?

ENR. En su lugar de usted, ya estaria allí y habria armado una griteria que dejara memoria.

LUIS. Pero, Enriqueta, ¿ha pensado usted en lo que me propone?

ENR. ¿Y por qué no? Es un medio excelente.

LUIS. Bajo cierto punto de vista. Pero silbar una obra que, segun todos, tiene verdadero mérito.

ENR. ¡No toma usted con poco calor la defensa de su rival!

LUIS. Es cierto que es mi rival... y le detesto, le odio, le mataria; ¡pero silbarle!...

ENR. Entonces, ¿prefiere usted que se case conmigo?

LUIS. No, eso no; le mataré primero.

ENR. ¿Y si él le mata á usted? No, señor: mi combinacion es mas segura. Vaya usted al teatro, no pierda usted un momento.

LUIS. Enriqueta, mándeme usted otra cosa.

ENR. ¿Rehusa usted?

LUIS. Francamente, no tengo valor para eso.

ENR. (Resueltamente.) ¿No? Pues bien, yo lo tendré por usted.

(Toca la campanilla.)

LUIS. ¿Qué vá usted á hacer?

ESCENA XII.

DICHOS, MARCELINO.

MARC. ¿Me llama usted, señorita?

ENR. ¿Tienes amigos?

MARC. Muchos... cuando los convido.

ENR. Pues esta noche los vas á convidar al teatro. (Le dá dinero.) Reunirás todos los que puedas, y te irás á ver *Los combates de la vida.*

MARC. ¿La comedia nueva?

LUIS. (¡Me hace temblar!)

MARC. Buen éxito le espera al autor! Ya he sido yo alabardero! Todo el mundo vá á salir á la escena; autor, actores, comparsas, hasta...

ENR. ¡Al contrario! ¡Quiero que la silben!

LUIS. (¡Gran Dios!)

MARC. ¡Ya! ¿conque voy á silbar? ¡Bueno! En armando jaleo... ¡Á mí me gusta mucho el jaleo!

LUIS. (¡Mi pobre comedia!)

ENR. Coge todas las llaves de la casa. Toma una. (Le dá una llave.) ¿No tiene usted ninguna, señor don Luis?

LUIS. ¿Yo?... Creo que no.

ENR. ¡Imposible!... Vamos, búsquela usted, por nuestro porvenir, ya que tanto le interesa el del autor.

LUIS. (¡Y no poder decirle!... ¡Cómo ha de ser!... ¡Una mas ó menos!...) ¡Toma! (Sacando una y dándosela.)

MARC. (Silbando con ella.) ¡Buena embocadura tiene! Yo respondo de que con esta llave no se acaba el primer acto.

LUIS. (¡Asi te quedaras sin aliento!)

ENR. Voy á acompañar á papá.

ESCENA XIII.

LUIS, MARCELINO.

LUIS. (¡No puedo mas!) Oye, Marcelino. ¿Tendrás valor para silbar una comedia que puede ser buena?

MARC. ¿Y por qué no? La señorita me lo ha mandado, su alma

en su palma. Yo, ni quito ni pongo rey... (Silba con la llave.)

LUIS. Pues bien, yo te prohibo...

MARC. Usted no es el amo. (Váse.)

ESCENA XIV.

DICHO, BENIGNO, CIRILO.

BEN. Me alegro encontrarte. Téngo el gusto de presentarte á mi yerno.

LUIS. ¡Cómo! ¿el señor es?... Yo le doy mi enhorabuena.

CIRILO. ¡Mil gracias! (¡Este hombre me dá mala espina!)

BEN. Ya sabes mi aficion á las bellas letras... que soy un perfumista ilustrado, y que siempre deseé para esposo de mi hija, una celebridad literaria.

LUIS. (Conteniéndose apenas.) Entonces... no ha podido usted hacer mejor eleccion.

BEN. (Vamos, lo toma mejor de lo que yo esperaba.)

LUIS. Y si son ciertas las noticias que tengo de la comedia de este caballero... ¿Ha empleado usted mucho tiempo en hacerla?

CIRILO. Absolutamente nada. Ha sido una... una inspiracion instantánea.

LUIS. No he podido asistir á ningun ensayo... y si usted fuera tan bondadoso que quisiera decirme algo del asunto...

CIRILO. Dispénseme usted. Es tan complicado el argumento...

LUIS. Al menos tenga usted la amabilidad de recitarnos una sola escena. La del castillo.

CIRILO. ¿La del castillo? (Aturdido.)

BEN. ¿Y cómo sabes tú que hay una escena en un castillo?

LUIS. ¡Yo! Porque... se lo he oido decir á usted.

BEN. ¡Ah! No me acordaba.

LUIS. Conque si usted gusta...

CIRILO. Yo... con mil amores. Pero es el caso que declamo tan mal como escribo... (Quiere irse.)

BEN. (Deteniéndole.) Eres demasiado modesto, y yo te lo suplico tambien.

CIRILO. (¡Mal barbero te desuelle!) La escena del castillo... es una escena muy sencilla... es una escena que pasa en un castillo.

BEN. (Á Luis.) ¡Uu castillo de la edad media!

CIRILO. (Muy aturdido.) ¡Justo! Un castillo de la edad media, con sus torreones y su foso, y... Pues como digo, hay en aquel terrible castillo varios prisioneros... que desearian tomar las de Villadiego... (Lo mismo que yo.)

BEN. Nada mas natural.

LUIS. ¿Y luego?

BEN. Dice la dama jóven...

CIRILO. ¡Justo!... dice la dama jóven, que es un personaje inocente y sentimental...

LUIS. Veamos lo que dice.

CIRILO. Exclama, abatida y próxima á desfallecer:—«¡Canastos! ¡esto no se puede sufrir! Pero ¿cómo escapar de este endemoniado castillo?»

BEN. Te olvidas de lo mas importante.

CIRILO. ¿De qué?

BEN. De la escala.

CIRILO. ¿La escala de cuerda? No señor, no lo olvido: pero como usted me interrumpe á cada paso... prefiero no decir nada.

BEN. Continúa, hombre: yo te ofrezco callar.

CIRILO. No, no... me ha cortado usted el hilo, y me es imposible...

ESCENA XV.

DICHOS, ENRIQUETA.

ENR. Cuando usted quiera, papá.

CIRILO. (¡Gracias á Dios que ha llegado!)

BEN. Espera un momento. *Tres estrellas* nos contaba...

ENR. ¡Déjese usted de cuentos! Ya es tarde y no vamos á ver el principio.

BEN. Y tú, *Tres estrellas*, ¿vienes con nosotros?

CIRILO. Voy á tomar una butaca y trabajaré en pró de mi felicidad. (Vánse.)

ESCENA XVI.

LUIS solo.

¡No hay un hombre mas desgraciado que yo! Trabajan-

do un año entero, sin dormir la mayor parte de las noches, en busca de la gloria, y cuando estoy á punto de alcanzar el premio de mis vigilias... otro ocupa mi lugar... se adorna con mis laureles... y me reduce al extremo de dejar que silben mi pobre comedia! ¡Ah!

ESCENA XVII.

DICHOS, CIRILO, MARCELINA.

CIRILO. ¡Dios me ampare! (Saliendo muy asustado.)
LUIS. ¿Es usted? (Levantándose.)
CIRILO. ¡Chist!
LUIS. ¿No ha ido usted al teatro?
CIRILO. ¡No hable usted tan alto! (Yo creo que habrá perdido mi pista.) (Se sienta.)
MARC. ¡Te cogí! (Entrando por el fondo y agarrándole del cuello.)
CIRILO. ¡Marcelina! (Espantado. Cae aterrado de rodillas, sin darse cuenta de ello.)
LUIS. ¡Una mujer!
MARC. ¿Qué hace usted aqui? (Cruzándose de brazos delante de Cirilo.)
CIRILO. Yo...
MARC. Le ando buscándo á usted desde esta mañana y me lo encuentro mano á mano esta noche con un viejo y una...
CIRILO. Mira... yo te explicaré... pero aqui no: vamos á incomodar...
LUIS. Nada de eso: está usted en su futura casa.
MARC. ¿Qué es eso de futura?
CIRILO. Nada, mujer.
MARC. Este caballero podrá decirme tal vez quién es esa jovencita con quien iba usted tan amartelado.
LUIS. Es la hija de don Benigno, mi principal.
CIRILO. El perfumista á quien yo compro todas las pomadas y cosméticos.
MARC. ¡Eso es mentira! .. ¡Eres un monstruo!
CIRILO. No haga usted caso; es mi hermana... y...
MARC. ¡Tu hermana! ¡Le está engañando á usted, caballero! Ayer se ha corrido la primera amonestacion, y nos casamos dentro de quince dias.
LUIS. ¡Se casa con usted!
CIRILO. (¡Dios me socorra!) (Cayendo sobre una silla.)

LUIS. ¡Pues llega usted á tiempo! Aqui queria casarse con otra. Con la hija de don Benigno.

CIRILO. (¡Pataplum!)

MARC. ¡Cómo! ¿será posible?... (Furiosa.) ¡Infame!

CIRILO. ¡Marcelina!... Yo... tú... (Levantándose.)

MARC. ¡Voy á sacarte los ojos!

CIRILO. ¡Deténgala usted!... (Á Luis.)

MARC. ¡Pero esto es horrible!... ¡Me ahogo!... ¡Los nervios!... ¡No puedo mas! (Cayendo sobre Cirilo.)

CIRILO. (Pasándola á los brazos de Luis.) Sosténgala usted un instante. Voy á buscar á un médico. (Corre hácia la puerta.)

MARC. ¡No te escaparás de mis uñas! (Cogiéndole.)

CIRILO. Bueno; yo te seguiré donde qnieras; pero sal de esta casa.

LUIS. ¡Nadie sale de aqui! (En la puerta.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, ENRIQUETA, una criada.

ENR. Albricias, Luis, ¡albricias!

LUIS. ¡Ya está usted de vuelta!

ENR. ¡Todo vá bien! ¡Grita general!

LUIS. ¡Ah! (Con el mayor abatimiento.)

MARC. Señorita, voy á descorrer el telon delante de usted.

ENR. ¡El telon!

LUIS. Parece que esta señora conoce mucho al marido que su padre de usted la destinaba.

MARC. ¡Y tanto como le conozco! Es un miserable qae me tiene dada palabra de casamiento, y que ahora quiere plantarme!

CIRILO. Vámonos.

ENR. Esa conducta no me sorprende. Dice que es autor...

MARC. Autor, ¿él?

LUIS. De la comedia que se estrena en este momento.

MARC. ¡Autor! Peluquero de un teatro de aficionados.

ENR. ¡Peluquero!

CIRILO. ¡Llegó mi última hora!

LUIS. Y ha tenido usted valor para suponer...

ENR. ¡Eso es indigno! Ahora siento haber hecho silbar la comedia; pero ya es tarde para remediarlo. ¡Cuando yo salia del teatro la griteria era espantosa!

LUIS. ¡Si, ya no tiene remedio!... ¡pero necesito vengarme, y me vengaré! (Se lanza sobre Cirilo. Enriqueta y Marcelina se interponen.)

ENR. Despues de todo, ¿qué le importa á usted esa silba?

LUIS. ¡Que no me importa!... ¡Enriqueta, ya que la comeda se ha hundido para siempre, sepa usted que el verdadero autor de la obra soy yo!

ENR. ¡Cómo!

LUIS. ¡Por usted consentí en que la sacrificaran!

MARC. ¡Eso si que es amar!

CIRILO. ¿Y por qué no lo dijo usted antes?

ESCENA XIX.

DICHOS, MARCELINO.

MARC. (En el mayor desórden.) ¡Bribones! ¡Cómo me han puesto!

ENR. ¡Marcelino!

MARC. ¡Ay, mis costillas!

ENR. ¿Te han pegado?

MARC. Si.

ENR. ¿Y por qué?

MARC. Porque silbaba. Hemos metido un estruendo infernal, y no se hubiera concluido la obra, gracias á mis pulmones y á los de mis amigos que llevé convidados; pero como habia otras muchas personas que no estaban en el ajo, nosotros silbábamos, y ellos nos mandaban callar.

LUIS. Con razon.

MARC. ¡Vaya una razon! Como si para juzgar una obra, fuese necesario oirla.

ENR. Pero en fin, ¿qué ha pasado?

MARC. Al principio todo era silba por aqui, voces y aplausos por allá; pero al fin vinimos á las manos, y como la mayoria estaba de parte del autor, nos arrojaron á la calle... ayudándome á mí con la punta del pié.

ENR. Te han dado tu merecido.

MARC. ¡Cómo! ¿Pues no me pagó usted para?...

LUIS. ¿Pero la comedia se ha hundido?

MARC. No, señor: ¡solo se han hundido mis costillas! ¡Ay!

ESCENA XX.

DICHOS, D. BENIGNO.

EN. ¡Victoria, victoria! ¡Qué éxito, qué aplausos!... Todo el mundo decia: «¡El autor! ¡el autor!»

LUIS. ¡Ah! ¿con que han llamado al autor?

BEN. ¡Vaya! querian conocerle á toda costa y que se publicase su nombre; pero el autor no parecia, y como yo he reformado alguna cosa de la comedia y contribuido á su éxito quitándole un «por qué,» dí mi nombre.

TODOS. ¡Usted!

BEN. Me lanzaron á la escena... aparecí ante el público... Me echaron coronas, ramos; la gente gritaba: ¡que se la ponga! ¡que se la ponga! Una actriz tomó una, me la colocó sobre la cabeza, yo la dí un abrazo...

ENR. ¡Papá!

BEN. (Á Cirilo.) He sido tu editor responsable, mi querido yerno, y espero que me perdonarás...

MARC. Poco á poco, señor don Benigno. Ni este bribon será su yerno de usted, ni ha escrito comedia ninguna.

BEN. No comprendo...

ENR. El autor de la comedia es don Luis.

BEN. ¡Luis! ¿Un tenedor de libros ha podido escribir *Los combates de la vida*? Entonces tú serás mi yerno... ¡Y mi hija, que detesta á los autores!

ENR. Papá, hay autores de autores, como dice don Cirilo.

BEN. ¿Y quién es don Cirilo?

MARC. ¡El señor... mi marido! El peluquero del teatro.

BEN. ¡Un peluquero! ¡Ya decia yo! Afeita muy bien para ser buen literato. (Se oye música dentro y voces.)

VOCES. ¡El autor! ¡el autor! (Dentro.)

BEN. ¿Qué es eso?

MARC. (Saliendo con una corona de laurel.) Señor, la orquesta y los dependientes del teatro vienen á darle á usted una serenata.

BEN. Ven, Luis, ven á gozar de mi triunfo.

ENR. ¿El triunfo de usted? (Riendo.)

BEN. ¡Si, porque es de mis hijos!

Aun cuando no tengo talle
de autor, ni vena, ni chiste,

y al que de ajeno se viste
le desnudan en la calle,
á las malas y á las buenas
esta vez habré de estar,
y si ocurre algun azar
pagaré culpas ajenas.
Público amigo y señor,
pues ya á la escena salí,
dame una palmada á mí
y no llames al autor.

FIN DEL JUGUETE.

Habiendo examinado esta obra dramática, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 25 de Febrero de 1863.

El censor de teatros.

ANTONIO FERRER DEL RIO.